

LXVI

¿De dónde vengo?... El más horrible y áspero
 De los senderos busca:
 Las huellas de unos pies ensangrentados
 Sobre la roca dura;
 Los despojos de un alma hecha jirones
 En las zarzas agudas,
 Te dirán el camino
 Que conduce a mi cuna.

¿Adónde voy? El más sombrío y triste
 De los páramos cruza;
 Valle de eternas nieves y de eternas
 Melancólicas brumas.
 En donde esté una piedra solitaria
 Sin inscripción alguna,
 Donde habite el olvido,
 Allí estará mi tumba.

LXVII

¡Qué hermoso es ver el día
 Coronado de fuego levantarse,
 Y a su beso de lumbre
 Brillar las olas y encenderse el aire!

¡Qué hermoso es, tras la lluvia
 Del triste otoño en la azulada tarde,
 De las húmedas flores
 El perfume aspirar hasta saciarse!

¡Qué hermoso es, cuando en copos
 La blanca nieve silenciosa cae,
 De las inquietas llamas
 Ver las rojizas lenguas agitarse!

¡Qué hermoso es, cuando hay sueño,
 Dormir bien... y roncar como un sochantre...
 Y comer... y engordar!..., ¡y qué desgracia
 Que esto sólo no baste!

LXVIII

No sé lo que he soñado
 En la noche pasada;
 Triste, muy triste debió ser el sueño,
 Pues despierto la angustia me duraba.

Noté, al incorporarme,
 Húmeda la almohada,
 Y por primera vez sentí, al notarlo,
 De un amargo placer henchirse el alma.

Triste cosa es el sueño
 Que llanto nos arranca;
 Mas tengo en mi tristeza una alegría...
 ¡Sé que aún me quedan lágrimas!

LXIX

Al brillar un relámpago nacemos,
 Y aún dura su fulgor cuando morimos:
 ¡Tan corto es el vivir!

La gloria y el amor tras que corremos,
 Sombras de un sueño son que perseguimos:
 ¡Despertar es morir!

LXX

¡Cuántas veces al pie de las musgosas
 Paredes que la guardan,
 Oí la esquila que al mediar la noche
 A los maitines llama!

¡Cuántas veces trazó mi triste sombra
 La luna plateada,
 Junto a la del ciprés, que de su huerto
 Se asoma por las tapias!

Cuando en sombras la iglesia se envolvía,
 De su ojiva calada,
 ¡Cuántas veces temblar sobre los vidrios
 Vi el fulgor de la lámpara!

Aunque el viento en los ángulos oscuros
 De la torre silbara,
 Del coro entre las voces percibía
 Su voz vibrante y clara.

En las noches de invierno, si un medroso
 Por la desierta plaza
 Se atrevía a cruzar, al divisarme,
 El paso aceleraba.

Y no faltó una vieja que en el torno
 Dijese, a la mañana,
 Que de algún sacristán muerto en pecado
 Acaso era yo el alma.

A oscuras conocía los rincones
 Del atrio y la portada;
 De mis pies las ortigas que allí crecen
 Las huellas tal vez guardan.

Los buhos que espantados me seguían
 Con sus ojos de llamas,
 Llegaron a mirarme con el tiempo
 Como a un buen camarada.

A mi lado sin miedo los reptiles
Se movían a rastras;
¡Hasta los muros santos de granito
Vi que me saludaban!

LXXI

No dormía; vagaba en ese limbo
En que cambian de forma los objetos,
Misteriosos espacios que separan
La vigilia del sueño.

Las ideas, que en ronda silenciosa
Daban vueltas en torno a mi cerebro,
Poco a poco en su danza se movían
Con un compás más lento.

De la luz que entra al alma por los ojos,
Los párpados velaban el reflejo;
Mas otra luz el mundo de visiones
Alumbraba por dentro.

En este punto resonó en mi oído
Un rumor semejante al que en el templo
Vaga confuso, al terminar los fieles
Con un *amén* sus rezos.

Y oí como una voz delgada y triste
Que por mi nombre me llamó a lo lejos,
Y sentí olor de cirios apagados,
De humedad y de incienso.

.....
.....
Entró la noche, y del olvido en brazos
Cai, cual piedra, en su profundo seno:
Dormí, y al despertar exclamé: «¡Alguno
Que yo quería ha muerto!»

LXXII

PRIMERA VOZ

—Las ondas tienen vaga armonía,
Las violetas suave olor,
Brumas de plata la noche fría,
Luz y oro el día,
Yo algo mejor:
¡Yo tengo *Amor!*

SEGUNDA VOZ

—Aura de aplausos, nube radiosa,
Ola de envidia que besa el pie,

Isla de sueños donde reposa
 El alma ansiosa,
 ¡Dulce embriaguez
 La *Gloria* es!

TERCERA VOZ

—Ascua encendida es el tesoro,
 Sombra que huye la vanidad.
 Todo es mentira: la gloria, el oro.
 Lo que yo adoro
 Sólo es verdad:
 ¡La *Libertad*!

.....

Así los barqueros pasaban cantando
 La eterna canción,
 Y al golpe del remo saltaba la espuma
 Y heríala el sol.

—¿Te embarcas?—gritaban; y yo sonriendo
 Les dije al pasar:
 —Ha tiempo lo hice; por cierto que aún tengo
 La ropa en la playa tendida a secar.

LXXIII

Cerraron sus ojos
 Que aún tenía abiertos;
 Taparon su cara
 Con un blanco lienzo;
 Y unos sollozando,
 Otros en silencio,
 De la triste alcoba
 Todos se salieron.

La luz, que en un vaso
 Ardía en el suelo,
 Al muro arrojaba
 La sombra del lecho;
 Y entre aquella sombra
 Veíase, a intervalos,
 Dibujarse rígida
 La forma del cuerpo.

Despertaba el día,
 Y a su albor primero,
 Con sus mil ruidos
 Despertaba el pueblo,
 Ante aquel contraste
 De vida y misterios,

De luz y tinieblas,
 Medité un momento:
*¡Dios mío, qué solos
 Se quedan los muertos!*

De la casa en hombros
 Lleváronla al templo,
 Y en una capilla
 Dejaron el féretro.
 Allí rodearon
 Sus pálidos restos
 De amarillas velas
 Y de paños negros.

Al dar de las ánimas
 El toque pestrero,
 Acabó una vieja
 Sus últimos rezos;
 Cruzó la ancha nave,
 Las puertas gimieron,
 Y el santo recinto
 Quedóse desierto.

De un reloj se oía
 Compasado el péndulo,
 Y de algunos cirios
 El chisporroteo,
 Tan medroso y triste,

Tan oscuro y yerto
 Todo se encontraba...
 Que pensé un momento:
*¡Dios mío, qué solos
 se quedan los muertos!*

De la alta campana
 La lengua de hierro,
 Le dió volteando
 Su adiós lastimero.
 El luto en las ropas,
 Amigos y deudos
 Cruzaron en fila,
 Formando el cortejo.

Del último asilo,
 Oscuro y estrecho,
 Abrió la piqueta
 El nicho a un extremo.
 Allí la acostaron,
 Tapiáronle luego,
 Y con un saludo
 Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
 El sepulturero
 Cantando entre dientes
 Se perdió a lo lejos.

La noche se entraba,
reinaba el silencio:
Perdido en la sombra,
Medité un momento:
*¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

En las largas noches
Del helado invierno,
Cuando las maderas
Crujir hace el viento
Y azota los vidrios
El fuerte aguacero,
De la pobre niña
A solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
Con un son eterno;
Allí la combate
El soplo del cierzo.
Del húmedo muro
Tendida en el hueco,
¡Acaso de frío
Se hielan sus huesos!...

.....

*¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?*

¿Todo es vil materia,
Podredumbre y cieno?
¡No sé; pero hay algo
Que explicar no puedo,
Que al par nos infunde
Repugnancia y duelo,
Al dejar tan tristes,
Tan solos, los muertos!

LXXIV

Las ropas desceñidas,
Desnudas las espadas,
En el dintel de oro de la puerta,
Dos ángeles velaban.

Me aproximé a los hierros
Que defienden la entrada,
Y de las dobles rejas en el fondo
La vi confusa y blanca.

La vi como la imagen
Que en leve ensueño pasa,
Como rayo de luz tenue y difuso,
Que entre tinieblas nada.

Me sentí de un ardiente
 Deseo llena el alma:
 ¡Como atrae un abismo, aquel misterio
 Hacia sí me arrastraba!

Mas, ¡ay!, que de los ángeles
 Parecían decirme las miradas:
 —¡El umbral de esta puerta
 Sólo Dios lo traspassa!

LXXV

¿Será verdad que, cuando toca el sueño
 Con sus dedos de rosa nuestros ojos,
 De la cárcel que habita huye el espíritu
 En vuelo presuroso?

¿Será verdad que, huésped de las nieblas,
 De la brisa nocturna al tenue soplo,
 Alado sube a la región vacía
 A encontrarse con otros?

¿Y allí, desnudo de la humana forma,
 Allí, los lazos terrenales rotos,
 Breves horas habita de la idea
 El mundo silencioso?

¿Y ríe y llora, y aborrece y ama,
 Y guarda un rastro del dolor y el gozo,
 Semejante al que deja cuando cruza
 El cielo un meteoro?

¡Yo no sé si ese mundo de visiones
 Vive fuera o va dentro de nosotros;
 Pero sé que conozco a muchas gentes
 A quienes no conozco!

LXXVI

En la imponente nave
 Del templo bizantino,
 Vi la gótica tumba, a la indecisa
 Luz que temblaba en los pintados vidrios.

Las manos sobre el pecho,
 Y en las manos un libro,
 Una mujer hermosa reposaba
 Sobre la urna, del cincel prodigio.

Del cuerpo abandonado
 Al dulce peso hundido,
 Cual si de blanda pluma y raso fuera,
 Se plegaba su lecho de granito.

Dé la postrer sonrisa,
 El resplandor divino
 Guardaba el rostro, como el cielo guarda
 Del sol que muere el rayo fugitivo.

Del cabezal de piedra
 Sentados en el filo,
 Dos ángeles, el dedo sobre el labio,
 Imponían silencio en el recinto.

No parecía muerta;
 De los arcos macizos
 Parecía dormir en la penumbra,
 Y que en sueños veía el paraíso.

Me acerqué de la nave
 Al ángulo sombrío,
 Como quien llega con callada planta
 Junto a la cuna donde duerme un niño.

La contemplé un momento,
 Y aquel resplandor tibio,
 Aquel lecho de piedra que ofrecía,
 Próximo al muro, otro lugar vacío,

En el alma avivaron
 La sed de lo infinito,

El ansia de esa vida de la muerte,
 Para la que un instante son los siglos...

Cansado del combate
 En que luchando vivo,
 Alguna vez recuerdo con envidia
 Aquel rincón oscuro y escondido.

De aquella muda y pálida
 Mujer, me acuerdo y digo:
 ¡Oh, qué amor tan callado el de la muertel
 ¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!